Nota

Claudia Anzorena

Las hijas de las Olas...
Reflexiones en torno a mi experiencia como "joven" feminista

> "Propongo el uso de continuo lesbiano para incluir una gama – a lo largo de la vida de cada mujer y a lo largo de la historia – de experiencias identificadas con mujeres [...] Si lo ampliamos para que comprenda muchas más formas de intensidad primaria entre mujeres, inclusive el compartir una vida interior rica, el unirse contra la tiranía masculina, el dar y recibir apoyo práctico y político...."
>
> Adrienne Rich, 1980*

> "Confiarse a una semejante resulta frecuentemente, si no siempre, indispensable para una mujer para alcanzar un fin social. [...] Una política de liberación, como hemos llamado al feminismo, debe dar fundamento a la libertad femenina. La relación social de affidamento entre mujeres es a la vez un contenido y un instrumento de esta lucha más esencial."
>
> Libreria delle Donne di Milano, 1987**

Nací en Mendoza, un año después de que en México la Organización de Naciones Unidas declarara la Década de la Mujer de 1975 a 1985, como un gesto político de alcance internacional, admitiendo la relevancia del papel de las mujeres en el "desarrollo" de las naciones. Esto daría inicio a una serie de Conferencias, Pactos y Convenciones con el objetivo de evaluar el estado y avance de las condiciones de vida de las mujeres, reconocer sus derechos específicos y promover que los Estados implementasen acciones para garantizar esos derechos.

Nací en septiembre de 1976, mientras en otros países el feminismo estaba en la cúspide de su "Segunda Ola", y se abrían puertas de esperanzas hacia un futuro de diferentes tratadas como iguales. En mi país, Argentina, seis meses antes, una cruel y nefasta dictadura militar cerraba todas las posibilidades y los canales democráticos de convivencia. En el tiempo en que yo entraba a este mundo era cercenada la vida y coartada la libertad de pensamiento de miles de mujeres y varones, y cientos de niñas y niños nacían en cautiverio, eran robados/as o perdían a sus madres y padres.

Sin embargo, yo nacía. Y viene a cuenta contar que nací, porque toda historia tiene un tiempo y todo tiempo tiene una historia…o varias, y no podría hablar de mi experiencia como "joven feminista" sin situarme en mi contexto.

Cuando Lea Fletcher me preguntó cómo me hice feminista y me pidió estas reflexiones, no pude evitar llenarme de emoción al pensar en la posibilidad de ser parte de la historia de *Feminaria*, una revista que seguramente casi toda feminista argentina alguna vez tuvo entre sus manos. Una revista que para mí fue uno de los primeros acercamientos a esta forma de pensar sobre mi condición de mujer. Significó una invitación "oficial" a formar parte del Movimiento.

Pensé que tenía que escribir un artículo de contenido político, pero después de diez años de militancia, me cuesta mucho separar "lo personal" de "lo político". Así que estos párrafos, inevitablemente estarán cargados de mis sentimientos.

Mientras el feminismo argentino se gestaba en lo que muchas de las "históricas" dieron por llamar la "cultura de las catacumbas", yo vivía mi primera infancia, llena de alegría y ajena al dolor, que años más tarde, muchas personas me harían comprender.

¿Por qué me hice feminista? Por alguna razón, varias veces me han hecho la misma pregunta. Supongo que parece extraño que, en tiempos "posmodernos", de muerte de los meta-relatos, alguien fuera de época se aferre a viejas utopías; o bien, parece extraño, que en tiempo de desmejora de las condiciones de vida y retroceso de las garantías ciudadanas de toda la población, alguien se enfoque sólo en las mujeres.

Las mujeres de mi generación, al menos las de clase media, tuvimos/tenemos como madres, maestras, tías, a mujeres feministas o mujeres que pudieron gozar de derechos, que traspasaron el umbral del ámbito privado como su único lugar legítimo de desarrollo personal. Muchas de estas mujeres pudieron estudiar, participar en política, tener un proyecto laboral de crecimiento personal, de independencia económica.

Nosotras circulamos por un mundo diferente al de nuestras madres. Ellas crecieron en la sanción que significaba ir contra las reglas de la feminidad y lucharon para romperlas, querían otra realidad para nosotras. Muchas ingresaron al feminismo como reacción a las situaciones que las oprimían, y criaron a sus hijas sin censurarlas cuando iban contra los estereoti-

pos; de este modo, nosotras vivimos nuestros derechos con naturalidad, el mundo no se nos presentaba restringido por ser mujeres.

Nosotras fuimos niñas durante los '80, en un momento de ampliación de los derechos y de las posibilidades de elección de vida de las mujeres. Somos hijas del saber que las feministas acumularon clandestinamente durante la dictadura. A nosotras nos tocó vivir los frutos de su lucha, y la mayoría lo hace como derechos de hecho, dados por gracia, incuestionables…

Este velo de naturalidad hizo que en cierto modo el movimiento, para las jóvenes, se transformara en anacrónico: ¿para qué ser feminista en los '90? ¿Qué más querían las mujeres? Por un lado existía la apariencia de que las mujeres ya habíamos alcanzado la igualdad; por otro lado, el empeoramiento de las condiciones materiales de existencia de vastos sectores de la población, la globalización, las nuevas tecnologías, resultaban temas más relevantes que las demandas insaciables y sectoriales de las feministas.

De este modo el círculo de feministas se cerró, y las pocas que nos acercamos al movimiento, sin formar parte de la Segunda Ola que nació en los '70, somos aquéllas que, a pesar de la apariencia de etapa superada, seguimos pensando que los avances fueron fruto de luchas, que no todo está ganado, y que éste es un camino en el que siempre está la posibilidad de retroceder.

En mi caso particular, desde mucho antes de saber que existía el llamado "feminismo", sentía que en este mundo algo no estaba bien. ¿Por qué se me asignaba como espacio de juego la cocinita y la casita, si las maderitas y correr por el patio me resultaban mucho más entretenidos? ¿Por qué mi mamá era "de" mi papá y mi papá no era "de" mi mamá? ¿Por qué no podía sentarme como quisiera? Parecía que existían dos mundos con sus reglas: uno para varones y otro para mujeres. Mi mamá, quien no era feminista en ese entonces, ante los intentos de las maestras de corregir mis "modos", en vez de retarme, me decía: "a mí me llamaban 'marimacho' porque me subía a los árboles"…

Yo seguí viviendo, en un espacio que no me permitía conceptualizar mis inquietudes, hasta que me encontré con lecturas que comenzaron a poner palabras a las cosas que sentía.

Fue precisamente alrededor de los 19 años, cuando comencé la Carrera de Sociología. Mientras todos/as se "hacían de izquierda", yo me hacía feminista. En el momento en que "decidí" ser feminista, no sabía que "eso" era de "brujas feas y gordas" o de "resentida con los hombres", ni sabía siquiera que estaba temporalmente desfasada: sinceramente, nunca había visto una feminista.

Si bien, en ese entonces, las posibilidades de militancia feminista en Mendoza estaban apagadas, o al menos no tenían gran difusión, en la universidad las posibilidades de algunas de expresar sus ideologías nos permitió acercarnos y empezar a indagar sobre el asunto.

La Facultad, a pesar de que en su sesgo ideológico yo no encajaba del todo, me dio el ámbito para encontrarme teóricamente con los estudios de las mujeres y políticamente con un par de feministas.

Así, mi primer trabajo monográfico, hecho en "soledad ideológica", lo titulé "La sujeción de las mujeres en el matrimonio monogámico", basado en los tres libros que hasta el momento había encontrado que analizaban la situación de las mujeres: "El Estado, la familia y la propiedad privada" de Engels, "La mitad invisible de la historia" de Luis Vitale, y "El sexo oculto del dinero" de Clara Coria.

Un tiempo más adelante conocí, en el mismo lugar, a mujeres feministas, y lejos de ser brujas feas y gordas, fueron… brujas sí, pero hermosas, y sobre todo inteligentes y críticas, y se transformaron en compañera (Rosana Rodríguez) y en maestra (Alejandra Ciriza) de un camino que hasta hoy no dejamos de recorrer. Un camino en el que paulatinamente me fui encontrando con otras tantas feministas que han llenado de sentido eso que las *Donne di Milano* llamaron "affidamento" o lo que Adrienne Rich llamó "continuum lésbico".

Aquellas mujeres que formaron parte de nuestra historia de los '70, tanto las que conocí personalmente como las que encontré a través de sus escritos, se convirtieron en referentes para mí, que tenía nostalgia de una lucha de la que nunca había participado, pero que sentía tan necesaria.

Cuando empecé a acercarme al feminismo a través de la lectura, lo hice junto a mi mamá, y esto llevó a que entabláramos un nuevo vínculo desde un lugar distinto, lo que en algunos momentos de mi adolescencia había sido muy difícil. Nuestra relación descubrió un nuevo rumbo, una causa común que la llenó de sentido y de compañerismo. Las dos nos convertimos en "jóvenes feministas", a pesar de la diferencia de edad, y comenzamos a transitar espacios de activismo. Sin embargo, cuando ingresábamos a los ámbitos de feministas, la que llamaba la atención por la edad era yo: más de una vez y en diferentes reuniones fui objeto de alegría, por ser una feminista "tan joven"… Y eso me permitió establecer lazos, muchas de ellos con un dejo de "filiación"… y aprendí, con mucha ternura, que muchas mujeres tienen una "tendencia", aunque sea puramente social, a entablar relaciones casi maternales con quien decide seguir su camino.

Ahora tengo algunas compañeras de mi edad, y otras menores. Sin embargo, la escasez de mujeres feministas que ronden los 30 me permite plantear la hipótesis de que en algún momento hubo un quiebre, un silencio, una *impasse*.

A simple vista, éste podría parecer un relato individual, pero, lejos de eso, es producto de procesos sociales e históricos que nos anteceden y nos sitúan en realidades concretas: la historia de las mujeres, comu-

nes y excepcionales, y de sus movimientos de emancipación y lucha por la eliminación de las estructuras desiguales entres los sexos, y posteriormente entre las relaciones de género, y la concreta eliminación de la discriminación contra las mujeres.

En charlas con Alejandra Ciriza, conversamos sobre la ubicación histórica de estos acontecimientos. Que yo sea feminista, al igual que otras tantas chicas de mi generación, y actualmente, otras de menor edad, está muy lejos de ser casual, de ser iluminaciones individuales.

Alejandra me contaba cómo en los '80, con el fin de las políticas revolucionarias de los '70, las mujeres tuvieron que mirar hacia ellas mismas y reflexionar sobre lo que Leonor Calvera llamó "umbral de tolerancia del patriarcado" dentro de los partidos de izquierda, donde las demandas de las mujeres se encontraban subsumidas a "contradicciones secundarias". A estos partidos pertenecían una parte importante de las mujeres con pensamiento crítico e ideales de transformación, muchas de ellas son las que hoy son llamadas "feministas históricas" o "viejas feministas".

Para las mujeres feministas de izquierda emergió un gran dilema: si bien la etapa revolucionaria dio lugar a la introducción de ciertas demandas, en el socialismo real no hubo resolución "automática" de las contradicciones, tal cual les habían prometido. La relación con su ideología de pertenencia se volvió difícil y muchas de ellas comprendieron que la lucha de clases y la lucha feminista eran dos caminos, aunque no necesariamente contradictorios, sí diferentes.

Las etapas ascendentes del feminismo están vinculadas con momentos de ruptura con lo establecido. Después del crecimiento hacia adentro de los años de la dictadura, la restauración democrática de 1983 se convirtió en un terreno fértil para el avance formal y, hasta real, de las mujeres, promovido por feministas argentinas. Este terreno fue abonado por las acciones de los movimientos feministas internacionales y el reconocimiento de algunas de sus demandas como legítimas por parte de los organismos internacionales.

La Argentina de la primavera democrática respondió a los compromisos asumidos en la IV Conferencia Internacional de la Mujer (Nairobi, 1985): los gobiernos debían crear organismos, con la función de implementar políticas de discriminación positiva que contribuyeran a eliminar todas las formas de discriminación contra las mujeres, en todos los ámbitos de la vida social, política y económica, a la vez que se sancionaran leyes que allanaran el camino en el mismo sentido.

De este modo comenzaron los cambios: la patria potestad sería compartida por igual entre madres y padres; las mujeres no tendrían obligación de habitar en el lugar que el marido estableciera como residencia, ni de llevar su apellido si no lo deseaban; se derogaron los decretos que prohibían la venta de anticonceptivos y desalentaban su uso, las parejas tendrían derecho a decir cuántos hijos/as querían tener y con qué frecuencia, el país suscribió a la CEDAW. Además se crearon organismos institucionales que tratarían de forma específica la situación de las mujeres: la Subsecretaría Nacional de la Mujer (1987), presidida por Zita Motes de Oca y una multiplicidad de Áreas, Institutos, Asesorías, Consejos de la Mujer, que iban siendo creados en las provincias y en los municipios de todo el país. Este proceso se dio, de la mano de la democratización, en gran número de países de América latina y el Caribe.

Estos avances fueron muy significativos para las mujeres y las feministas, que los consiguieron a pesar de los obstáculos que interponía la Iglesia Católica y los grupos más reaccionarios de la sociedad argentina. Los movimientos de mujeres y feministas se habían instalado en el espacio público, como un actor con fuerza para negociar la agenda de prioridades públicas y sociales. En gran parte gracias al importante papel que jugaron las mujeres en el derrocamiento de la dictadura, encabezado por las Madres de Plaza de Mayo, y del descrédito de la Iglesia Católica y los sectores conservadores por su accionar y apoyo durante ese período oscuro. El Estado, a través de estas leyes, hacía explícito su reconocimiento de las mujeres como ciudadanas a quienes debía garantizar sus derechos.

Este proceso de democratización, no sin resistencia, no quedaría limitado a lo político, a la vez se ampliaría a otros ámbitos de la sociedad civil. En los '80 también se produjo el afloramiento de organizaciones y colectivas de mujeres y de feministas, grupos de acción política pero también de reflexión, siguiendo la tradición que ya venían desarrollando en coincidencia con otros países de Europa y Estados Unidos. Las feministas, muchas de ellas profesionales e intelectuales, pudieron insertar sus inquietudes dentro de las universidades y los ámbitos académicos. Hubo un impulso académico de los estudios de mujeres, feministas y más tarde de género, hasta el punto en que se crearon institutos de género, áreas de la mujer, como así también revistas y publicaciones feministas, tanto en nuevos espacios como en el marco de universidades e institutos argentinos ya existentes. La "academia", se convertiría así, en un lugar donde se podrían encontrar referentes intelectuales y ámbitos de desarrollo profesional relacionado con el feminismo.

El retorno a la democracia posibilitó la instalación de la problemática y la creación de algunos organismos en el Estado, pero a partir de 1989, cuando menguó la etapa de florecimiento de los derechos humanos, las relaciones entre feministas y Estado se hicieron especialmente tensas debido a la contraofensiva conservadora, que en los '90 tomó gran fuerza: si los ciclos ascendentes revolucionarios permiten que se cuelen las mujeres y sus demandas, cuando cierran estos ciclos, las primeras que perdemos somos las mujeres.

A partir de 1989, la alianza entre menemismo e Iglesia Católica revitalizó a los sectores conservadores. El ascenso de las mujeres comenzó a encontrar topes: la "cláusula Barra" en la Reforma Constitucional de

1994 pretendía incorporar el derecho a la vida desde la concepción en la Constitución Nacional y cerrar todas las posibilidades al debate sobre el derecho al aborto. Si bien las feministas lograron desactivar la "cláusula Barra", tuvo su contraparte al año siguiente: la declaración por decreto de "Día del Niño por Nacer", la posición conservadora del oficialismo argentino durante la IV Conferencia de la Mujer (Beijing 1995) y otros foros internacionales donde se firmaron con reservas los compromisos relacionados con los derechos sexuales y reproductivos, el desmantelamiento de la Subsecretaría Nacional de la Mujer, la permanente obstaculización de las diversas leyes de derechos reproductivos, el cuestionamiento de la inclusión del género como contenido transversal de la educación, la retirada de varias feministas de los ámbitos nacionales de decisión, los fallos de jueces y juezas y de la Corte Suprema contra las leyes que garantizan los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, por mencionar sólo algunos hechos que se dieron durante la década de los '90.

Sin embargo, la década no dejó de tener sus contradicciones, y también se sancionaron algunas leyes y se crearon algunos programas de Salud Reproductiva en varias provincias, y se consideró a la CEDAW, con la Ley Nacional 23.179, como pacto con nivel constitucional en 1994 a partir de la reforma de la Constitución Nacional en Santa Fe.

El cambio de escenario de los '80 también afectó las relaciones de las feministas entre sí, volviéndolas más complicadas a partir de los avances en el ámbito institucional, que marcaron tensiones entre institucionalidad y movimiento, y entre teoría/academicismo y práctica política.

Recuerdo en este momento un artículo de Mabel Bellucci llamado "Toda subversión es potencialmente recuperable", publicado en la revista *Brujas*, en 1999.[3] Este artículo me hizo pensar mucho: en él, Bellucci analiza cómo las luchas en relación con la sexualidad de los años '70 fueron realmente radicales y subversivas, pero en los '80, cuando los cambios comienzan a concretarse y las mujeres fueron ingresando en los distintos ámbitos públicos de decisión, creyeron que, una vez dentro del sistema, se conquistarían muchas de sus reivindicaciones específicas, y entonces comienza a priorizarse lo políticamente posible sobre lo deseable. De este modo la discusión política feminista va tomando caminos diversos, y se va alejando cada vez más de la discusión sobre los temas que le habían dado un carácter revolucionario de la vida cotidiana a la práctica política de las feministas.

Este artículo de Bellucci muestra las tensiones que la salida al espacio público produjo, la tirantez que provoca la institucionalización, la pregunta sobre qué es lo se está dispuesta a sacrificar por entrar a los espacios de decisión y de profesionalización.

El feminismo, me decía Alejandra Ciriza, surge como un movimiento iconoclasta; por lo tanto, cuando se intenta atarlo a lo político-institucional debe renunciar a su carácter trasgresor, y eso significa en cierto modo su muerte. Por lo tanto el feminismo, como movimiento de ruptura, no es institucionalizable. La inserción institucional de las demandas de las feministas produjo el llamado a la "domesticación", pero el feminismo se niega a domesticarse, a acomodarse al orden de lo dado y del deber ser. El límite hasta el cual está dispuesto a renunciar a sus demandas es estrecho, y por ende la relación entre feministas e institucionalidad es indefectiblemente poco flexible, sobre todo cuando los sectores conservadores recuperan fuerzas en su capacidad de presión sobre las instituciones.

Es en esta coyuntura que ingresé al pensamiento feminista, en un momento en que, sobre todo en mi provincia, las posibilidades de militancia eran casi nulas, y el movimiento de mujeres se había desactivado; creo que el quiebre que produjo la institucionalización, la falta de renovación de las filas y la retirada de otras tantas hacían que las que se consideraban feministas fueran muy pocas, mayores y muy dispersas.

Si bien es difícil considerar que en Mendoza haya existido un movimiento de mujeres y feminista en sentido estricto, sí hubo algunas mujeres con compromiso y fuerza de persuasión, y un momento de ascenso en la necesidad instalar el tema en la sociedad y en la agenda política. Esto dio lugar en 1988 a la creación de la Asesoría de la Mujer, anunciado en el marco del III Encuentro Nacional de Mujeres, realizado en Mendoza ese mismo año. Durante el período que inauguró ese anuncio se logró un trabajo de cooperación entre las políticas, académicas y militantes feministas. En el '92 el reflujo también alcanzó a la provincia: las feministas se alejaron del área, las nuevas titulares no lograron mantener el consenso que se había conseguido, y el organismo comenzó a perder capacidad de acción y articulación, disminuyendo su relevancia dentro del aparato del Estado y comenzando el distanciamiento con las organizaciones de mujeres y las feministas.

De este modo, en Mendoza, en los '90 el campo de acción feminista se encontraba en un momento de especial letargo, lo que hacía muy difícil encontrar un lugar de referencia para el activismo. Encontrar una feminista dentro de la facultad, es lo que en mi caso particular me dio la posibilidad de empezar a conocer e introducirme en el movimiento.

La negativa a la domesticación hizo que reflotaran algunas de las viejas contradicciones y permitió visualizar que el feminismo, a pesar de sus revisiones internas y externas, seguía siendo válido como camino para demandar a favor de las mujeres sin retaceos.

Es así que, al comenzar el nuevo siglo, la situación de desventajas de las mujeres y la precariedad de sus avances comenzaron a re-visibilizarse: las dificultades y los debates que surgieron alrededor de los derechos sexuales y reproductivos, el cuestionamiento a muchos de nuestros derechos, los embates neoconservadores a

nivel nacional y mundial que ponían (y ponen) en peligro los derechos adquiridos (sumados a que, transcurridos varios años de políticas neoliberales y del ahondamiento de la pobreza, se comienza a evidenciar cómo ésta afecta mucho más a las mujeres). El vaciamiento de lo organismos de género y su falta de efectividad, reflotaron la "cuestión de género" y las demandas feministas, como una lucha que había que recuperar en el espacio público. Era evidente que a las mujeres nunca nos habían regalado nada, y tampoco nadie tenía intención de hacerlo ahora.

Nosotras con otras mujeres, en el año 2001, producto de un seminario académico sobre estudios feministas, sentimos la necesidad de actuar y conformamos una colectiva feminista llamada *Las Juanas y las Otras*, a la que se nos acercan mujeres de todas las edades.

En 2003 el XVIII Encuentro Nacional de Mujeres, en Rosario, marcó una inflexión. Ante el embate de contingentes de católicas fundamentalistas que coparon los talleres para impedir el debate e imponer sus puntos de vista represivos y retrógrados, por primera vez en la historia de los Encuentros, más de diez mil mujeres marchamos tras la bandera del derecho al aborto, y se realizó una asamblea para empezar a demarcar nuevas estrategias para la lucha por la despenalización y legalización del aborto. Muchas de nosotras teníamos menos de 30 años.

Podríamos decir también que el 2000 se presentó como una coyuntura diferente y menos antagónica hacia las demandas feministas por parte de algunos sectores. Pero también otros sectores, los más conservadores, se volvieron más violentos. Después de estar "cajoneada" durante varios años, se sancionó la Ley Nacional de Salud Sexual y Reproductiva (aunque llamada "de procreación responsable"); además, en algunas provincias se está discutiendo la cuestión de la contracepción quirúrgica y la educación sexual en las escuelas, y el tema del aborto está sobre el tapete, aunque sea en su dimensión de salud pública.

En 2004, en el XIX Encuentro Nacional de Mujeres realizado en Mendoza, la asistencia de mujeres fue aún mayor, la bandera por el derecho a decidir sobre el propio cuerpo se hizo sentir, como se hicieron sentir las agresiones de los/as fundamentalistas católicos/as y conservadores, que ante la pérdida de la hegemonía recurren a su arma más tradicional: la imposición brutal de su dogma, actitud que repitieron en otros eventos como la clausura de muestra de León Ferrari y los incidentes que provocaron en la visita de Dra. Rebecca Gomperts.

Las injusticias contra las mujeres son muchas y su ampliación es más veloz que los espacios ganados y los pasos dados por el movimiento. El avance conservador a nivel internacional, encabezado por Bush y EE.UU., hace más borrosa la apariencia de naturalidad de los derechos conseguidos y resurge lo histórico. La fragilidad de las reivindicaciones conseguidas se hace más evidente; el retroceso, como algo posible, devuelve a la memoria el esfuerzo de las acciones de antaño, y retorna la necesidad histórica de activar la lucha: aquello que dio origen a las utopías se reactiva.

Lo que puedo observar en mi contexto es que una suerte de renovación del movimiento se ha dado en Mendoza. A nivel nacional y provincial están pasando cosas. La cuestión de la despenalización del aborto vuelve a instalarse como la necesidad de llevar a cabo el debate de una vez por todas, a la vez que las nuevas tecnologías nos permiten crear redes entre las pocas y dispersas feministas.

Pero, por la misma razón por la que me introduje en el feminismo, no puedo dejar de ser optimista, no puedo dejar de creer que es posible. Durante algún tiempo parecía que el feminismo dormiría para siempre. Pero siempre es tiempo de parir y criar nuevas generaciones. En cierto modo, la defensa de nuestros derechos vuelve reiteradamente a estar en boga, y continuará mientras sigamos sintiéndonos incómodas en eso que se nos plantea como "nuestro lugar". Esto me hace pensar en la necesidad de que "viejas" y "jóvenes" sigamos construyendo nuestros caminos a la emancipación… múltiples, heterogéneos, sinuosos y diversos, como somos nosotras… las feministas.

Notas

[1] Rich, Adrienne. "La heterosexualidad obligatoria y la existencia lésbica". En: Marysa Navarro y Catherine R. Stimpson (comp.), *Sexualidad, género y roles sexuales*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999

[2] Libreria delle Donne di Milano, "Non credere de avere dei diritti", 1987. Traducción para RIMA y Safo_piensa por Gabriela Adelstein, Buenos Aires, 2004. En: http://www.rimaweb.com.ar/safopiensa/reflex_les/affidamento.html

[3] Bellucci, Mabel, "Toda subversión es potencialmente recuperable", en: *Brujas*, Año 18, Nº 26, Buenos Aires, octubre 1999.